

y por las promesas y figuras con las cuales anunciásteis con tanta anticipacion al Redentor del mundo. Nosotros, mas felices que Isaac y Jacob, poseemos lo que ellos esperaban. Haced tambien que seamos, si es posible, mas agradecidos y fieles, y haced sobre todo revivir para los cristianos la amable sencillez de costumbres de los primeros siglos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me diré á mi propio con frecuencia: Dios está aquí.*

LECCION XXVI.

PROMESAS Y FIGURAS DEL MESÍAS.

Algunas palabras mas sobre la vida de los Patriarcas. — Los doce hijos de Jacob. — José es vendido por sus hermanos. — Es llevado á Egipto. — Llega á un puesto glorioso. — Reconócenle sus hermanos. — Viaje de Jacob á Egipto. — José, séptima figura del Mesías.

Jacob tuvo doce hijos, que fueron los padres de las doce tribus del pueblo hebreo. Hé aquí sus nombres: Ruben, Simeon, Leví, Judá, Issachar, Zabulon, Gad, Aser, Dan, Nefthalí, José y Benjamin. La vida de Jacob fue, como la de sus padres, pastoril. Con objeto de completar las nociones anteriormente expuestas, diremos algunas palabras mas sobre una existencia tan hermosa, y cuyo relato nos causó tanta delicia en nuestra niñez. Los Patriarcas eran enteramente libres; y puede considerarse su familia como un pequeño Estado, del cual el padre era soberano, y como una pequeña iglesia, de la cual él mismo era pontífice, pues vemos en efecto á los Patriarcas ofrecer sacrificios al Señor. Sus riquezas consistian principalmente en ganados de cabras, ovejas, camellos, bueyes y asnos; no tenian caballos ni cerdos, y eran inmensas sus riquezas. En medio de esta opulencia eran sin embargo muy laboriosos, y como se miraban aun como extranjeros en el país de Canaan que Dios reservaba á sus descendientes, no edificaban casas; vivian en tiendas que plantaban en el lugar donde debian detenerse para apacentar sus ganados, y en el momento de su partida se las llevaban para volverlas á colocar en otro punto. Es indudable que podian construir ciudades como los demás pueblos; pero preferian la vida pastoril, como la mas sencilla y la mas propia para no inspirar á los hombres apego á la tierra, y hacerles anhelar una patria mas perfecta. De este modo queria enseñarnos Dios que la vida del cristiano solo es una peregrinacion en el mundo.

Su alimento era frugal; ejemplo el plato de lentejas que coció Jacob y que de tal suerte tentó á Esaú, y ejemplo tambien la co-

mida que Abrahan sirvió á los Angeles, y que se componia de un becerro asado, pan fresco, maiz cocido en el rescoldo, manteca y leche. Una de sus grandes virtudes era la hospitalidad para con los extranjeros. Algunas veces sus instancias rayaban en importunas, y era preciso ceder á su invitacion; toda la familia se apresuraba entonces á desplegar su celo para recibir con distincion á los huéspedes, á quienes se les consideraba como enviados del cielo; el amo les lavaba los piés, daba sus órdenes, escogia los manjares y servia en persona á los extranjeros que hospedaba, y las mujeres no se presentaban en estas ocasiones, ó aparecian cubiertas con un velo: ¡ tanta era la modestia en aquellos afortunados siglos! ¿ Cuáles eran los frutos de aquella vida tan poco conforme con las costumbres de los tiempos voluptuosos y afeminados en que vegetamos? El desapego á la tierra, la union fraternal, y una larga carrera exenta de enfermedades, que únicamente el desfallecimiento de la vejez terminaba, porque nada es duradero en este mundo. Tal era la vida de Jacob y su familia, y así lo vemos particularmente en la historia de José.

Este hijo querido, y tan digno de serlo, era el mas jóven de los de Jacob, á excepcion de Benjamin. La modestia, el candor, la ingenuidad y la inocencia parecian haber nacido con él, y no pudo menos Jacob de dar la preferencia en su corazon á un hijo tan amable; pero por atencion que ponga un padre en disimular su predileccion, los ojos de muchos hermanos son demasiado penetrantes para dejar de conocer pronto al preferido. Jacob encendió contra su voluntad los celos de todos los hermanos de José. ¡ Grande y terrible leccion que nunca deben olvidar los padres! Una túnica de diferentes colores que le hizo bastó para enojarlos, y los exasperó aun mas la necesidad en que se vió José de contar á Jacob un gran crimen que habian cometido. Finalmente, llevó al colmo la envidia que le tenian el relato de dos sueños que vaticinaban su futura grandeza. Parecíame, les dijo, que estaba atando con vosotros gavillas en el campo, y que la mia se levantaba y se tenia derecha, en tanto que las vuestras se prosternaban ante mi gavilla. ¡ Cómo! dijeron sus hermanos, ¿ pretendes acaso ser algun dia nuestro rey y vernos sujetos á tu dominio? José no respondió.

Poco tiempo despues les dijo con la misma sencillez: He visto en sueños que el sol, la luna y once estrellas me adoraban. Jacob era

un prudente anciano, y previendo las consecuencias de estas palabras, le riñó y le dijo: ¿ Qué quiere decir ese sueño que viste? ¿ Acaso que yo, tu madre y tus hermanos te adoraremos sobre la tierra? Los hermanos de José estaban devorados por la envidia; pero Jacob, que no dejaba de descubrir algo misterioso en aquellos sueños, consideraba todas las cosas en silencio.

Los hijos del santo Patriarca fueron algun tiempo despues á llevar sus rebaños á los pastos que rodeaban la ciudad de Sichem, y José se quedó en casa. Habian transcurrido algunos dias, cuando Jacob le llamó, y le dijo: Anda y mira si tus hermanos están buenos y los ganados en buen estado, y vuelve á noticiarme lo que pasa. José preparó al instante su partida, abrazó á su padre, por mas largo tiempo de lo que ambos pensaban, y llegó felizmente al término de su viaje. Sus hermanos le vieron de lejos, y su presencia volvió á encender su odio. Y se decian unos á otros: Mirad que viene el soñador; venid, matémosle y echémosle en una cisterna vieja, y dirémos que una fiera muy mala le devoró, y entonces se verá de qué le habrán servido sus sueños.

Hubiera sido muy extraño que un proyecto tan criminal no hubiese encontrado oposicion entre tantos hijos de un santo; mas Ruben, el primogénito, trató de salvar á la inocente víctima. No le mateis, les dijo; arrojadle, si os empeñais, en esta cisterna, pero no mancheis vuestras manos con su sangre. Y esto lo decia con la intencion de librarle de sus manos, y restituirle á su padre. Se siguió el consejo de Ruben, y mientras se disponia de esta suerte de la vida del inocente José, el amable niño, lleno de gozo por volver á ver á sus hermanos, se acercaba con ahinco, y corria sin saberlo á arrojarse en manos de sus verdugos. En el momento que llegó, le desnudaron sin compasion de su hermosa túnica, antiguo objeto de sus celos, y le bajaron hasta el fondo de la cisterna seca que habian destinado para dejarle hasta que espirase.

En seguida se sentaron impasiblemente para comer, y vieron llegar una caravana de mercaderes ismaelitas que venian de Galaad, donde habian cargado sus camellos de diferentes aromas para vender en Egipto. Judá dijo á sus hermanos: ¿ Qué sacaremos con hacer perecer á este niño, siendo además hermano nuestro y nuestra sangre? Mas nos valdrá venderle á estos mercaderes. Los demás aprobaron esta proposicion, y sacando á José de la cisterna, le vendieron por veinte monedas de plata á los ismaelitas, quienes se lo

llevaron á Egipto. Tomaron despues su túnica, la tiñeron con sangre de un cabrito, y la enviaron á Jacob mandando que le dijese: Esta túnica hemos encontrado, mirad si es ó no la de vuestro hijo. Cuando Jacob la reconoció, exclamó llorando: La túnica es de mi hijo, una fiera muy mala se lo comió, una bestia devoró á José. Y, rasgadas sus vestiduras, vistióse de cilicio, y lloró mucho tiempo á su querido hijo. Los demás hermanos no ignoraban que habian herido á su padre en lo mas sensible de su corazon, y volvieron todos al lado de Jacob para suavizar su dolor; pero él no quiso admitir ningun consuelo, sino que dijo: Lloraré siempre á mi hijo hasta que baje á reunirme con él en el sepulcro.

Habiendo en tanto llegado á Egipto, los ismaelitas vendieron á José á un señor del pais llamado Putifar, general de los ejércitos de Faraon. La buena presencia y la modestia del jóven esclavo agradaron á su amo. El Señor estaba con él, y todo salia felizmente entre las manos de José. Putifar no tardó en conocerlo, y no solo le dió toda su confianza, sino que le encargó del gobierno de su casa.

Esta felicidad no era, sin embargo, mas que un ensayo de los favores que preparaba á José el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; pero el mismo José no estaba preparado aun para todas las pruebas en que debia triunfar su virtud. La esposa de Putifar quiso hacerle ofender á Dios, mas él rehusó la deshonestidad. Cierta dia le asió de la orla de su ropa, y José huyó para librarse de sus sollicitaciones, dejándole la capa en sus manos. Abrasada por el despecho, aquella mujer culpable acusó al inocente delante de su esposo, y Putifar con excesiva credulidad hizo poner á José en la cárcel donde eran guardados los presos del rey; pero el Señor descendió con él á tan sombría morada, y le dió gracia en los ojos del alcaide, quien le confió la autoridad sobre todos los presos.

Entre ellos se encontraban el copero mayor y el jefe de los panaderos de la corona, y los dos tuvieron durante la misma noche un sueño que les causó la mas viva inquietud. José se los explicó, y anunció al primero que al cabo de tres dias Faraon le restituiria á su antiguo cargo, y le suplicó que se acordase de él, y dijo al segundo que al cabo de tres dias seria condenado á muerte. Todo esto sucedió como lo habia predicho José.

Si la gratitud fuera la virtud de los felices y poderosos de la tierra, José hubiera podido lisonjearse de una pronta libertad; pero el

copero mayor, enteramente preocupado con el recobro de su prosperidad, olvidó al que se la habia anunciado. El virtuoso preso esperó durante dos años el término de su desgracia, y por fin llegó el momento de su libertad.

El rey de Egipto vió en sueños siete vacas flacas que devoraban á otras siete gordas, y siete espigas secas y áridas que devoraban tambien á otras siete llenas y hermosas. Venida la mañana, mandó que todos los adivinos de Egipto se presentasen en su palacio, y les contó sus sueños, pero no lograron explicarlos. El copero mayor se acordó entonces de José, y contó á Faraon lo que le habia sucedido hallándose en la cárcel. El rey mandó que le presentasen al momento al jóven intérprete, y le contó sus sueños. Esos sueños, le respondió José, significan una misma cosa; las siete vacas hermosas y las siete espigas llenas indican siete años de fertilidad, y las siete vacas flacas y extenuadas y las siete espigas secas designan por el contrario siete años de esterilidad y de hambre que sucederán á los primeros. Elija, pues, el rey un varon sabio é industrioso, y confíele su autoridad para atender á todo en las presentes circunstancias. Este ministro principal tendrá bajo su mando empleados subalternos que establecerán graneros en todas las ciudades del reino, y comprarán y almacenarán en estos graneros en provecho y bajo la autoridad del rey la quinta parte de todo el trigo que se cogerá en abundancia. Así se tendrá un recurso seguro para los siete años de hambre que asolará en seguida al país; y si no se toma esta precaucion se gastará el trigo, ó se venderá á vuestros vecinos, y vuestros súbditos perecerán de miseria.

¿Dónde podremos encontrar un hombre mas hábil y mas sabio que tú? exclamó Faraon. Tú serás, pues, el gobernador de todos mis Estados; al imperio de tu boca obedecerá todo el pueblo, y solamente en el único solio del reino te precederé. Y, diciendo estas palabras, el príncipe tomó el anillo de su mano, y lo puso en la de José; le vistió una ropa de lino muy fino, le puso al rededor del cuello un collar de oro, y le hizo subir en la carroza que iba despues de la del rey. Un heraldo iba delante de la carroza diciendo en alta voz que todos doblasen la rodilla delante de José, y supiesen que Faraon le nombraba despues de él soberano de toda la tierra de Egipto. Faraon cambió tambien el nombre de José, y le dió otro que significaba *Salvador del mundo*. José tenia solo treinta años cuan-

do fue presentado á Faraon, y de infortunado cautivo se vió trocado en favorito del rey y dueño del reino. Apenas tomó posesion de su dignidad, recorrió todas las provincias con un tren y un número de criados conveniente á su elevada posicion, y estableció graneros en todas las ciudades; y, merced é esta maravillosa economía, el Egipto llegó á ser el proveedor de una infinidad de desgraciados que á no ser por él hubieran perecido de hambre y de miseria.

Entre las muchas familias que padecian por la esterilidad, fue en particular una de ellas la de Jacob, que habitaba aun en la tierra de Canaan, donde el hambre se hizo sentir desde el primer año con extremo rigor. Jacob llamó á sus hijos, y les dijo que fueran á Egipto á comprar trigo; y partieron todos á excepcion de Benjamin, el mas jóven de ellos, que se quedó Jacob á su lado.

Cuando llegaron á la capital, tuvieron que presentarse al virey que queria enterarse de todo, y alcanzaron audiencia al tocarles su turno. José los reconoció al prosternarse los diez humildemente á sus piés; tenia entonces treinta y ocho años, y como hacia veinte y dos que estaba separado de su familia, habia cambiado enteramente, de modo que sus hermanos no le reconocieron. Afectó un exterior severo, y les dijo con sequedad como si hablase con hombres desconocidos y sospechosos: ¿De dónde venís y qué quereis? Venimos, le respondieron, de tierra de Canaan á comprar trigo. Al verlos á sus piés en la postura mas sumisa, José se acordó de los sueños que habia tenido en otro tiempo, y adoró interiormente los medios secretos de la Providencia. No sois nada de lo que aparentais, les dijo; espías sois enviados para reconocer los puntos menos fuertes del reino. No señor, le respondieron con temor, no es así; vuestros siervos solo han venido aquí á comprar trigo; todos somos hijos de un mismo padre, y no abrigamos ninguna mala intencion.

Deseando saber José si vivian aun su padre Jacob y su hermano menor Benjamin, continuó manifestándoles las mismas sospechas. Me engaãais, les dijo, sois espías. La sospecha del ministro ponía á sus hermanos en el mayor apuro, y no sabian qué decidir para declararlo. Uno de ellos tomó la palabra y dijo con aire de franqueza: Doce hermanos somos vuestros siervos, hijos todos de un solo hombre establecido en la tierra de Canaan; el mas pequeño está con nuestro padre, el otro no existe ya, y los otros diez están á vuestros piés.

José estaba contento; pero habia resuelto no parecerlo. Esto es, replicó, lo mismo que he dicho; espías sois. Voy á hacer prueba de vosotros, y por vida de Faraon que no saldréis de aquí hasta que vea á este hermano mas pequeño de que me habeis hablado, y que como mas sincero me hubiera revelado toda la intriga de vuestro viaje. Elegid uno de vosotros que vaya á traerlo, y los demás quedaréis aherrojados hasta que se pruebe si es verdadero ó falso lo que habeis dicho. José se contentó, sin embargo, con retener á uno de los diez en rehenes, el cual fue Simeon, y dejó que partieran los demás.

Por la primera vez quizás, despues de mas de veinte años, hicieron sérias reflexiones sobre la causa de su desgracia. Merecemos con razon, dijeron, los males que padecemos, pues son el justo castigo de la crueldad que tuvimos contra nuestro hermano; él lloraba á nuestros piés, implorando nuestra clemencia, y nos negamos á oírle; ahora se venga el cielo. ¿Por ventura no os dije, añadió Ruben, que no pecárais contra nuestro hermano? No me escuchásteis, y ved como el cielo nos demanda su sangre.

Todo esto lo decian en presencia de José; y como les habia hablado por intérprete, no creian que los entendiese. Partieron, por fin, y llegaron al lado de Jacob, á quien contaron todo lo que habia acaecido. El gran ministro, añadieron, nos mandó que le lleváramos á Benjamin, pues de lo contrario nos juzgará traidores, dará muerte á Simeon, y no nos venderá mas grano. ¡Qué desgraciado soy! respondió el santo anciano; pronto, si os creo, voy á verme sin hijos. He perdido ya á José, Simeon está preso en Egipto, ¡y aun quereis quitarme á Benjamin!

Entre tanto el hambre continuaba, y fue preciso, para no perecer, dejar partir á Benjamin; pero Judá respondió de su vida con la suya propia. Pusiéronse, pues, en camino, y llegaron á Egipto. Su primer cuidado fue presentarse al ministro y pedir audiencia; José se la concedió al momento, y mandó sacar de la cárcel á Simeon para que todos fuesen testigos de la escena que iba á pasar. Á la hora indicada José entró en el salon, y fueron llamados los extranjeros, á quienes saludó y dijo: ¿Está bueno vuestro padre? ¿vive todavía? Nuestro padre vive aun, le respondieron, y está bueno. Y al pronunciar estas palabras se inclinaron profundamente por respeto, y esperaron otra pregunta. José buscaba con sus ojos á Benjamin, pues siendo hijo de Raquel como él, era el predilecto de su

corazon, y distinguiéndole entre los otros, preguntó: ¿Es ese vuestro hermano el pequeño de quien me hablasteis? Y sin esperar la respuesta añadió: Dios tenga misericordia de tí, hijo mio. Y no pudo resistir por mas tiempo, se conmovieron sus entrañas, se le saltaron las lágrimas, y poco faltó para que con ellas no se le escapase el secreto. Y se retiró bruscamente á su aposento, donde las vertió copiosamente.

Aliviado su corazon, y despues de haberse lavado el rostro volvió á salir con aspecto tan tranquilo, que nadie conoció su emocion; despues mandó que les sirvieran de comer. Pero sus hermanos no habian llegado al fin de todas las pruebas que habia resuelto imponerles; mandó á su mayordomo que llenase los sacos de trigo, y pusiera la suma que cada cual habia traído, en la boca del costal. Harás aun mas, le dijo, ocultarás en el saco del mas jóven, además del precio del grano, la copa de plata de que acostumbro servirme. Y se ejecutaron las órdenes de José.

Los viajeros partieron alegremente, por la mañana, para volver al lado de Jacob; y habian salido ya de la ciudad cuando José llamó á su mayordomo, y le dijo: Marcha, y vé en seguimiento de esos extranjeros, y alcanzado que los hayas, díles: ¿Por qué habeis vuelto mal por bien? La copa que habeis hurtado, es la misma en que bebe mi amo. El mensajero alcanzó muy pronto á los viajeros; y es imposible explicar cuál fue su sorpresa cuando oyeron que se les acusaba del robo de una copa de plata. Si alguno de nosotros, exclamaron, es culpable de semejante crimen, muera, y los demás seamos vuestros siervos durante nuestra vida. Y, diciendo estas palabras, todos abrieron sus sacos, y examinándolos el mayordomo, empezando por el del mayor, encontró la copa en el saco de Benjamin.

Al verlo, rasgaron sus vestiduras, cargaron de nuevo sus asnos, y volvieron á la ciudad á arrojarle á los piés del virey, el cual les esperaba en el mismo aposento donde le habian saludado. Y todos á una se postraron en tierra para escuchar en este ademan humillante la decision de su juez. José se mostró con aire de autoridad, propio para aterrar á los culpables y hasta para desconcertar á los inocentes; les dirigió severas reprensiones, y concluyó con retener preso á Benjamin. Judá habló en nombre de sus hermanos, y le suplicó que dejase partir al muchacho, pues de lo contrario su padre moriria de dolor.

El corazon de José no podia resistir mas: mandó á todos los egipcios que se retirasen, y cuando estuvo solo con sus hermanos, dió rienda suelta á sus lágrimas; y alzando despues la voz les dijo: Yo soy José: ¿vive mi padre todavía?

No podian responderle sus hermanos, pues estaban embargados por el terror; pero José añadió con una dulzura capaz de desvanecer su inquietud: Llegaos á mí; yo soy José vuestro hermano á quien vendisteis para Egipto. No os asusteis, porque por vuestro bien me envió el Señor antes de vosotros á Egipto. Volved al momento al lado de mi padre, y decidle: Esto os envia á decir vuestro hijo José: Dios me ha hecho dueño de toda la tierra de Egipto; venid á verme, no os detengais. Al terminar estas palabras, se arrojó al cuello de Benjamin, y estuvieron largo rato abrazados, vertiendo uno y otro lágrimas de ternura. Y abrazó tambien á todos sus hermanos, y les dió carros y víveres para su viaje, añadiendo ricos regalos para ellos y para Jacob.

Llegaron felizmente al lado del santo anciano, y le dijeron: Vuestro hijo José vive aun, y él es el que manda en todo el Egipto. Lo cual oido por Jacob, como despertando de un pesado sueño y fuera de sí, no acababa de darles crédito. No obstante, cuando hubo visto los carros y los magníficos regalos que le enviaba su hijo, exclamó: ¡Me basta! y pues que todavía vive mi hijo José, iré y le veré antes que me muera.

José ha sido mirado siempre, con razon, como una de las mas hermosas figuras del Mesías. En efecto, José es el hijo amado de su padre, y nuestro Señor es el Hijo amado de Dios su Padre.—José está vestido de una túnica de diferentes colores, tiene sueños que presagian su futura grandeza, y por esto es el blanco de los celos de sus hermanos; nuestro Señor está adornado de toda clase de virtudes, anuncia á los judíos, sus hermanos, su grandeza futura, y por esto es objeto de odio, de celos y de persecucion.—José es enviado á sus hermanos, y nuestro Señor á los hombres sus hermanos.—José, al llegar cerca de sus hermanos, es maltratado, resuelven darle muerte, y le venden á mercaderes extranjeros; nuestro Señor, al llegar en medio de los judíos sus hermanos, es maltratado, Judas le vende, y los judíos le entregan á los romanos que le dan muerte.—José, despues de vendido, es llevado á Egipto, y llega á ser soberano de este reino; nuestro Señor, vendido y humillado, alcanza en recompensa un poder sin límites en el cielo y en la tierra.—José,

condenado por un crimen que no cometió, es encerrado en una prisión, y nuestro Señor, condenado por crímenes que no cometió, es preso y condenado á muerte.—José se halla en la cárcel con dos criminales de Estado, y anuncia al uno la libertad y al otro su suplicio; nuestro Señor se encuentra en la cruz con dos malhechores, y promete al uno el cielo, y deja al otro en su condenación.—José pasa de la cárcel al apogeo de la gloria, y hasta las gradas del trono de Faraon; Jesucristo pasa desde la cruz á lo mas alto de los cielos.—José salva al Egipto de una espantosa miseria, y nuestro Señor salva al mundo, que perecia por falta de verdad.—José es proclamado salvador de Egipto y colmado de honores de un extremo á otro del reino; nuestro Señor es proclamado Salvador del mundo, y es adorado, bendecido y glorificado de un extremo á otro del mundo.—José es llamado el Salvador del mundo por los extraños antes que por sus hermanos, y nuestro Señor fue reconocido como Salvador del mundo por los gentiles antes que por los judios sus hermanos.—Mientras no van á pedirle trigo los hermanos de José, están expuestos á morir de hambre, y mientras los judios no se conviertan á Jesucristo, sufrirán hambre de verdad y serán esclavos del error.—Finalmente, los hermanos de José se decidieron á ir á Egipto, y los judios se decidirán, al fin, á venir á Jesucristo abrazando el Cristianismo.—José, reconocido por sus hermanos, les perdona, les abraza y les hace felices; nuestro Señor, reconocido, al fin, por los judios, los perdonará y colmará de bendiciones.

Esta figura nos corrobora lo que nos habia dicho ya una de las anteriores, y es que el Salvador será perseguido por sus hermanos, y nos dice además, 1.º que será condenado por un delito que no habrá cometido; 2.º nos indica el orden en que los pueblos se convertirán, primeramente los gentiles, y despues los judios; 3.º nos demuestra la bondad con que el Salvador perdonará á sus enemigos.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, os doy gracias con todo mi corazon por haber revelado al mundo su Redentor bajo una figura tan interesante. Yo adoro vuestra sabiduría infinita, que segun las épocas y las necesidades añadia algunos rasgos al divino cuadro de que

es modelo el Salvador. Dadme, Dios mio, la inocencia de José, y su dulzura, su humildad y su caridad para con los que me hagan mal.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *desterraré todo sentimiento de celos.*